

## Introducción

El destino de la obra del Inca Garcilaso de la Vega es uno de los capítulos de historia intelectual más disputados de la historiografía del Nuevo Mundo. Desde la publicación de su primer libro, la *Traduzion del Indio de los tres Diálogos de amor* de León Hebreo en 1590, versión prohibida en el *Índex* de 1612 y expurgada para la versión del *Índex* de 1620, la obra del Inca se plantea ya sintomáticamente polémica. Para Doris Sommer, el Inca era un sujeto problemático para su época, así como lo era León Hebreo. Por tal razón, Sommer afirma que la traducción de Garcilaso de la obra de Hebreo no solo fue un puro ejercicio para su futura obra, como parte de la crítica garcilasista había afirmado (por ejemplo, José Durand en *El Inca Garcilaso* 22); al contrario, para Sommer, la traducción del Inca permite desprender una relación profunda entre este y Hebreo, y será propuesto por ella como un espacio metafórico donde ambos conectan íntimamente, por las circunstancias de una experiencia de violencia común.<sup>1</sup> En su *Historia de las ideas estéticas* Menéndez Pelayo ya se había referido al tema: “La Inquisición puso en su *Índice* la traducción del Inca [...] Sin

---

1 Dice Sommer: “The intimacy seems metaphorical, a result of fortuitous similarities between terms that belong to different and unconnected discourses, Incan and Jewish. But metaphors, we know, sometimes win their shock effect by losing their memory of historical connection. They become metaphors when the metonymic moment is forgotten. And forgetting is just what the Spanish empire demanded of culturally complicated subjects such as the Incan prince and the Jewish ‘aristocrat.’ But these ‘mosaic’ subjects preferred not to forget their pre-Hispanic pride. They were therefore related, not through stories of presumed continuity of Israel’s lost tribes that were supposedly being found in America where they still dressed, ate, and prayed like Christianity’s forebears, but through a shared history of Spanish reconquest, consolidation, and new conquests” (392).

duda fue por algunos rasgos de cabalismo y teosofía, que Montesa atenuó o suprimió” (14). José Antonio Mazzotti explora esta continuidad no sólo existencial, como lo ha planteado Sommer, sino en la línea de lo observado por Menéndez Pelayo, es decir, como una posible continuidad entre la cábala y los mitos andinos: “Da la impresión de que el Inca hubiera elegido los *Dialoghi* como objeto de su traducción también por las analogías míticas que encontró en el pensamiento de León Hebreo” (“Otros motivos” 145).

Este carácter polémico de la obra del Inca es todavía más evidente si consideramos la recepción de sus posteriores obras, la *Florida del Inca* (1605), la *Primera parte de los Comentarios reales* (1609) y la segunda parte de esta obra, publicada póstumamente con el título de *Historia general del Perú* (1617). Sobre este tema se han publicado valiosas investigaciones y es posible tener una idea más o menos clara del destino de la lectura de la obra del Inca durante los siglos XVII y XVIII.<sup>2</sup> La tendencia general de estas investigaciones es plantear una cronología que sitúa la obra del Inca como documento fundamental de la historia incaica durante el siglo XVIII, especialmente por la lectura que de los *Comentarios* hizo la Ilustración francesa, y por la significación que este libro adquirió al final de ese siglo entre los intelectuales del nacionalismo inca.<sup>3</sup> Esa

---

2 Sobre la recepción de los *Comentarios* en el virreinato peruano son fundamentales los artículos de Pedro Guibovich Pérez, “Lectura y difusión de la obra del Inca Garcilaso en el virreinato peruano (siglos XVII-XVIII). El caso de los *Comentarios reales*”, y de Mazzotti, “Garcilaso y los orígenes del garcilasismo: el papel de los *Comentarios reales* en el desarrollo del imaginario nacional peruano”. Este último artículo estudia la apropiación criolla del texto de Garcilaso en los siglos XVII y XVIII como una lectura parcial y funcional a los intereses criollos, tal como se plantea en las obras de fray Buenaventura de Salinas y Córdova, la *Crónica moralizadora* del agustino Antonio de la Calancha, el *Arte de la lengua yunga* del religioso trujillano Fernando de la Carrera, llegando hasta la obra de Pedro Peralta y Barnuevo, entre otros autores.

3 Para la recepción europea del Inca en el XVIII, *Incas ilustrados* de Fernanda Macchi es lo más completo y reciente. En el caso específico de los usos ideológicos de los *Comentarios* durante la rebelión de Túpac Amaru II, sigue siendo sugestivo el clásico artículo de John Rowe “El movimiento nacional inca del siglo XVIII”, así como los desarrollos posteriores de Alberto Flores Galindo en “Túpac Amaru y la sublevación de 1870” y *Buscando un Inca*. Sobre la lectura de los criollos independentistas, Jesús Díaz-Caballero ofrece un panorama bastante completo en “Nación y Patria: las lecturas de los *Comentarios reales* y el patriotismo criollo emancipador”.

autoridad se verá irremediabilmente perdida en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se hallen y publiquen manuscritos más autorizados sobre la historia incaica, según nuevas exigencias de verdad para el texto histórico. Así, al amparo de un nuevo paradigma historiográfico, la obra del Inca Garcilaso pasará del campo de la historia hacia el de la literatura.<sup>4</sup> Menéndez Pelayo, en la introducción del tercer tomo de su *Antología de poetas hispano-americanos* de 1894, expone sin ambigüedades el fin de este proceso de sentido: para el padre de la filología española, el Inca no será más un historiador, sino un novelista.<sup>5</sup> El nombre del escritor mestizo, desde entonces, tendrá un lugar especial en las futuras genealogías de lo literario en el ámbito hispano, siendo una presencia significativa en la siguiente publicación de importancia de Menéndez Pelayo, los *Orígenes de la novela*, de 1905.

Ahora bien, la reclasificación operada por Menéndez Pelayo de la obra histórica del Inca Garcilaso como novela utópica fue la culminación de un proceso que expresa, en lo teórico, un cambio en la concepción de la escritura de la historia. Como ha mostrado Jorge

---

4 Guibovich Pérez muestra cómo al lado de las varias lecturas que asumen la autoridad del texto del Inca durante el siglo XVII, también conviven opiniones adversas, incluso pocos años después de publicada su obra: “[p]ero así como la obra del Inca es apreciada, no por ello su lectura deja de suscitar reparos. La falta de precisión, de objetividad y veracidad, y la verosimilitud de algunas apreciaciones son los aspectos destacados por sus críticos lectores” (“Lectura y difusión de la obra del Inca Garcilaso” 107). A una conclusión parecida llega Mazzotti en “Garcilaso y los orígenes del garcilasismo” al identificar una lectura funcional en la recepción criolla de los siglos XVII y XVIII, la cual “ponía el énfasis en los pasajes de exaltación de los Pizarro y de los encomenderos en general, continuando con una tradición de heroificación propia del discurso histórico de raigambre caballeresca sobre las Indias que es sin duda ubicable también en los *Comentarios*” (26). Según muestra el estudio de Mazzotti, esta lectura selectiva, precisamente por su énfasis prohispanista, deshecha aspectos más centrales de la obra de Garcilaso, ya sea por no ser funcional al discurso de reivindicación criollo o porque la narración del mestizo ofrece algunas hipótesis sobre la civilización inca que no convencen del todo a los letrados de entonces.

5 Walter Mignolo ha interpretado la reclasificación de la obra del Inca como síntoma del carácter cientificista que la historiografía sufrió en la época: “los juicios que relegan a la literatura todo texto con aspiraciones a la historia, que no llena los requisitos de una moderna concepción de la historiografía moderna, son bastante comunes” (“El metatexto historiográfico y la historiografía india” 358), dice, y pone el ejemplo del Inca Garcilaso en manos del filólogo español.

Cañizares-Esguerra, se trató de un cambio que tenía como elemento central la reconsideración de la persona biográfica del autor, ya que si para el humanismo renacentista una narrativa histórica sobre el Nuevo Mundo aseguraba su verdad a partir de la autoridad que le otorgaba la calidad social del testigo o los testigos en que se basaba tal narración, para el final del siglo XVIII ese testigo debía no solo ser un personaje con valores sociales, sino que debería poseer una formación filosófica que asegurase la verdad del relato, como ocurre en la obra de Cornelius de Pauw.<sup>6</sup> En el siglo XIX, sin embargo, este cambio en las condiciones de la escritura de la historia no se enuncia como un rechazo total de la obra de Garcilaso, como se plantea en el trabajo de De Pauw, sino que la escritura del mestizo continúa siendo aceptada a condición de una reclasificación: el autor que durante más de dos siglos había sido considerado como el más importante historiador del incario resultaba en realidad haber sido un novelista.

Una manera de acercarme al carácter complejo de la obra del Inca Garcilaso ha sido interrogar por la importancia de lo biográfico en la interpretación de su obra, entendiendo que esta no solo son sus textos, sino también sus lecturas. Estudiar lo biográfico ha sido para mí un reto, porque atentaba contra muchas de mis convenciones teóricas sobre lo literario, adquiridas a lo largo de mi formación universitaria, las cuales se planteaban de modo general como una reacción a la llamada falacia biográfica. Sin embargo, al revisar la crítica sobre la obra del Inca Garcilaso es posible constatar que, a pesar de que las diversas teorías de la literatura han insistido en el perfil decimonónico del enfoque biográfico, del carácter falaz de la interpretación biográfica y hasta de la muerte del autor como entidad que aseguraba la coherencia semántica de un texto, la interpretación de la obra de Garcilaso ha sido objeto de diversas lectu-

---

6 Es posible interpretar, como lo hacen Giovanni Reale y Darío Antiseri, que este cambio también expresa una transición de una aristocracia basada en lo nobiliario a una idea de aristocracia del espíritu, según reza la frase hecha de origen ilustrado, como justificación intelectual de la indesligable relación entre Ilustración y ascenso al poder de las burguesías: “contra los privilegios feudales de la nobleza y el clero, la burguesía utilizará como armas poderosas las ideas difundidas por los ilustrados, quienes a su vez habían visto en ella el sujeto del progreso, y en sus iniciativas, efectivos pasos hacia delante en el camino de la realización de tal progreso” (Reale y Antiseri, *Historia del pensamiento* II 573).

ras contemporáneas precisamente a la luz de los datos biográficos.<sup>7</sup> Esta insistencia biográfica es la que me interesa analizar como un campo semántico, espacio de interpretación desde la perspectiva de los resultados de un tipo de investigación histórica, porque otra sería la importancia de Garcilaso, como ‘primer mestizo de América’, si esta “historiography of the individual subject”, como llama Valerie Ross a la escritura biográfica (137), no se hubiera emprendido. En otras palabras, no me enfoco en lo que falta en la investigación biográfica, sino en lo que se ha logrado y el significado de ello. En este punto, sigo a Frank R. Ankersmit, para quien las tareas del historiador —y del crítico de historia cultural, añado— han cambiado. Frente a la búsqueda infatigable del historiógrafo tradicional por descubrir una realidad pasada en lo documental y reconstruirla de modo científico —sostiene Ankersmit— “[h]aríamos mejor en examinar el resultado de una búsqueda de ciento cincuenta años de forma más atenta y preguntarnos más a menudo qué viene a ser todo esto. Nos ha llegado el momento de *pensar* más el pasado que *investigarlo*” (348; énfasis del autor).

Este libro demuestra que pensar el pasado peruano pasa por asignar un lugar central a la figura tanto biográfica como textual del Inca Garcilaso en la formulación de un discurso nacionalista para el nuevo país. En la topología patriótica que interpreta como una fundación nacional la lectura del cronista cuzqueño por parte de Túpac Amaru II, está en juego una discusión más amplia sobre el orden del saber en un contexto poscolonial. Al lado de las reconsideraciones del valor de Garcilaso tanto para la historia como para la literatura, que ocupa distintos momentos del “long nineteenth century”,<sup>8</sup> se operó un hecho todavía más importante para el campo

---

7 Esta, sin embargo, no es la situación de los estudios teóricos sobre la biografía, al punto que en los últimos años es común hablar de un *biographical turn*. Al respecto, es ilustrativa la edición preparada por William Epstein, *Contesting the Subject*, colección que se inicia con un magnífico ensayo de Stanley Fish sobre el carácter inevitable de lo biográfico y lo relativo de las propuestas de Roland Barthes y Michel Foucault sobre la muerte del autor. Para un panorama de los estudios críticos y teóricos sobre la biografía en las últimas dos décadas el mejor índice es la revista *Biography*.

8 El “long nineteenth century” (1780-1930) es, para Florencia Mallon, una fase de transición de una economía encomendera al capitalismo y de un orden político colonial hacia un Estado-nación republicano (14). Esta cronología es útil para

de producción cultural peruano: la formulación del archivo colonial andino como espacio de investigación para la práctica historiográfica y la historia literaria. En otras palabras, el tratamiento del caso Garcilaso permite entender de qué manera se configuró el archivo colonial andino y cuáles fueron sus énfasis ideológicos, énfasis no del todo ausentes del campo actual de los *colonial studies*.

Un elemento importante al realizar esta investigación ha sido elaborar un marco teórico y de interpretación que permita entender mejor la importancia de la obra del Inca Garcilaso en la producción discursiva de lo latinoamericano desde la época republicana. Para ello ha sido fundamental repensar el concepto de archivo en función del contexto colonial y sus alcances descriptivos y metafóricos. El primer capítulo de este libro ofrece el resultado de esta indagación a manera de hipótesis teórica sobre la formación del archivo colonial andino. Mi aproximación sostiene que la relevancia del archivo radica en su condición de ser un lugar de enunciación que instala y legitima discursos en competencia sobre la cultura y la historia en las Américas. No se trata de un espacio homogéneo. No podemos llamarlo archivo colonial andino a secas sin reconocer tendencias dentro de él que intentan establecer hegemonías discursivas. Estas tendencias, que según mi propuesta podríamos denominar imperial, criolla e indígena, se encuentran en el archivo en tensión y polémica, en diálogo y rectificación. Para entender la complejidad del archivo americano la obra del Inca Garcilaso me resulta fundamental por tres razones. En primer lugar, porque el término archivo fue utilizado de modo conceptual por el Inca en las páginas de su obra fundamental, los *Comentarios reales*. Esta conceptualización ofrece, desde mi perspectiva, una dimensión metafórica y una material que, lejos de excluirse, se complementan. En la traducción de la narración oral y en la calidad de testigo del sujeto del enunciado del texto de Garcilaso, todavía presente en

---

estudiar los discursos sobre la nación peruana al conectar textos y personajes que comúnmente se estudian como parte de tres siglos, supuestamente distintos unos de otros. En otras palabras, si la cronología de Mallon resulta problemática para una periodización que prefiere establecer singularidades centenarias, en el caso de las discusiones sobre la valorización de lo colonial dentro de lo nacional resulta muy operativa, pues muestra que la circulación de ideas es más dinámica que ciertos hábitos de delimitación temporal.

los primeros años del proceso de colonización, ocurre una ampliación del archivo, de aquello que es posible decir sobre la sociedad prehispánica. Esta posibilidad de nuevos enunciados expresa la dimensión metafórica de la tendencia indígena del archivo colonial que se concretiza en la obra del mestizo cuzqueño. En este primer punto mi trabajo encuentra en las ideas de Michel Foucault sobre el archivo una posible forma de entender el alcance de la obra de Garcilaso en la creación de nuevos enunciados que transformarán el régimen discursivo sobre lo andino prehispánico. En segundo lugar, la obra de Garcilaso contiene una importante dimensión material, ya que funciona como un texto-archivo, concepto que propongo en este libro para analizar el efecto discursivo de los fragmentos de textualidad histórica integrados a esta obra como prueba de su veracidad. Las numerosas citas de las obras de José de Acosta, Blas Valera o Pedro Cieza de León, por mencionar solo las principales, además de toda la oralidad andina textualizada gracias a la traducción, se constituirán en un archivo material utilizado en diversas direcciones por los historiadores posteriores a Garcilaso. En tercer lugar, esta dimensión material del texto-archivo que son los *Comentarios reales*, permite en la actualidad estudiar la recepción crítica de la obra de Garcilaso y las polémicas que ha producido desde su publicación, estableciendo también un archivo de nuevos argumentos. Los *Comentarios* constituyen también un archivo de lecturas y desde esa condición, de texto que es un archivo, de texto-archivo, se ofrece como instrumento de análisis de recepción.

En efecto, la lectura crítica que Garcilaso tuvo durante el siglo XIX es parte constituyente del texto-archivo que constituye su obra y este libro se ocupa de esa dimensión de modo extenso. Desde contextos distintos como los de Estados Unidos y España, diferentes en la cultura pero vinculados al mismo tiempo por semejantes ansiedades imperiales —e, incluso, por una guerra—, se lee a Garcilaso. Se trata de una lectura internacional que analizaré por separado en los capítulos segundo y tercero de la primera parte de este libro, enfocándome sobre todo en la circulación de ideas y metodologías que afectarán la manera en que se entienda en el futuro el concepto de lo colonial. De modo específico, el segundo capítulo del libro explica que la reclasificación de la figura y obra del Inca Garcilaso —de la historia a la literatura, de historiador a

novelista— se inició en la segunda mitad del siglo XIX, el año de 1847, con la publicación de la *History of the Conquest of Peru* de William H. Prescott. Lo fundamental en esta obra fue el sentido inaugural del trabajo de Prescott, pues la textualidad “documental” que nutre las páginas de su obra no había sido estudiada antes de él de manera conjunta. No resulta exagerado decir, por lo tanto, que Prescott inició el estudio de un área de investigación, tal como se definen hoy los estudios coloniales del área andina.<sup>9</sup> Este elemento inaugural de la obra de Prescott se refiere a una sistematización del estudio de un periodo como la Conquista, a través del examen de los materiales documentales de esa época, analizando el punto de vista expresados en ellos y comparando la información contenida en esa documentación. La influencia de esta práctica metodológica ha sido central entre los historiadores peruanos, como se muestra en la segunda parte de este libro, dedicada a los debates sobre el valor de Garcilaso en el Perú, y quizá ello explique también la influencia de Prescott en las discusiones peruanas. En este sentido, como ha propuesto Richard Kagan, Prescott es un escritor paradigmático no solo para el estudio de lo hispano en Norteamérica, sino también para el quehacer histórico en el Perú.

Este libro plantea que la historia de Prescott marca un antes y un después en las interpretaciones sobre Garcilaso. Se trata de un análisis biográfico, donde el norteamericano estudia el punto de vista del mestizo cuzqueño para concluir que este no era neutral, sino parcializado con su parentela incaica (lo cual, al parecer, no era tan obvio cuando Prescott escribía). Después de resaltar las condiciones excepcionales de la situación biográfica del Inca, como su calidad de testigo de algunas ceremonias indígenas, su comprensión de los quipus y su competencia en la lengua incaica, Prescott concluye que los escritos del Inca: “are an emanation from the Indian mind” (*Conquest of Peru* 296). Para Prescott, este carácter representativo de la mentalidad indígena es el máximo logro y a la

---

9 Para el caso de México, sin duda complejo y diferente al andino, remito a la primera sección del capítulo uno de este libro. Como nota de advertencia, me gustaría aclarar que cada vez que se refiera en las siguientes páginas al archivo colonial, tal referencia está pensada desde lo ocurrido en el espacio andino. Por supuesto, es posible que algunas de las conclusiones puedan extrapolarse y permitan al lector también repensar el caso mexicano.

vez el límite de obra del Inca, porque le permite situar y analizar su posición discursiva, es decir, su punto de vista. En esa dirección, Prescott recuerda al lector que el Inca escribe en la vejez con un objetivo práctico: mostrar las glorias de la civilización incaica. Gracias a su análisis del punto de vista, Prescott explicita la política del texto de Garcilaso, indicando un tono panegírico en sus páginas. Esto le permite concluir que el Inca escribe como un filósofo utópico. Además de mostrarse al tanto de la recepción europea de Garcilaso entre los filósofos utopistas del siglo xvii y los ilustrados del xviii, la clasificación de utopista propuesta por Prescott le sirve para referirse a la imaginación del Inca, una imaginación entendida como políticamente interesada en la suerte indígena y definida por su carácter ficcional. De este modo, al destacar la pluralidad de líneas discursivas que recorren la obra del Inca Garcilaso, Prescott abrió la opción de su reclasificación, debilitando lo que hasta entonces había sido la característica más importante de Garcilaso: su autoridad como historiador. Al mismo tiempo, este movimiento clasificador generó otras opciones de existencia disciplinaria que podrían derivarse de un énfasis en los aspectos literarios de su obra. Sin embargo, el breve texto de Prescott no avanzó más allá de la enunciación de las condiciones biográficas para la fábula del Inca, dada su condición india, por lo cual es posible afirmar que su interpretación fue ambivalente. Prescott no termina de descartar a Garcilaso para la historia, pero tampoco lo propone claramente como autor literario. Lo que sí consiguió fue desplazar la obra del Inca del sitio que ostentaba entre las fuentes sobre la historia incaica, para ubicar en cierto sentido su propio trabajo como arconte/archivista de lo colonial.<sup>10</sup>

Quienes sí avanzaron hasta sus últimas consecuencias la reclasificación para el Inca iniciada por Prescott fueron su colega y amigo bostoniano George Ticknor —a quien estudio en la segunda parte del segundo capítulo— y el historiador de la literatura española Marcelino Menéndez Pelayo —a quien le dedico el tercer y último capítulo de la primera parte de este libro—. Para Ticknor, la credulidad del Inca, entendida como característica principal de su

---

10 Explico la importancia del concepto de arconte en la primera sección del capítulo uno.

situación indígena, reduce toda posibilidad de autoridad histórica de su obra. Garcilaso en la historia de Ticknor aparece dispuesto a creer cualquier cosa referida a su patria y sus parientes maternos, lo cual, para la valorización literaria de Ticknor, solo alcanza para una imperfecta ficción literaria, ya que en lo formal carece de un trabajo de composición artística, mientras que en lo temático se formula como irracional. Esta irracionalidad no solo se debe para Ticknor a las narraciones orales de su niñez cuzqueña e indígena que alimentan sus páginas; sino que tal irracionalidad es agravada por el fanatismo de su fe católica. De esta manera, lo que en Prescott tiene una dirección no definida de la posibilidad literaria de la obra de Garcilaso, en la historia de Ticknor tiene un sentido terminal que no solo deshecha el valor histórico de esta obra, sino que incluso postula que desde una perspectiva literaria tal obra carece de la calidad necesaria para tener un lugar de importancia en una historia de la literatura. Sin embargo, al margen de la consideración negativa de Ticknor, lo cierto es que la obra del Inca se presenta incluida en su *History of the Spanish Literature*, como anuncio de su futura valorización literaria en el ámbito hispano.

Es posible interpretar el proyecto histórico de la literatura hispanoamericana de Menéndez Pelayo como una discusión de los criterios y valorizaciones de Ticknor. En este sentido destaca que mientras para Ticknor la obra literaria del Inca es una suerte de literatura menor, para Menéndez Pelayo esta obra es fundamental para argumentar la presencia de lo clásico, como elemento esencial de la literatura española, en la producción cultural hispanoamericana. Porque el Inca no era solo un clásico de la lengua castellana nacido en América para Menéndez Pelayo; la obra de Garcilaso era fundamental para la misma literatura española, ya que gracias a ella Menéndez Pelayo pudo postular los *Diálogos de amor* de León Hebreo como el clásico neoplatónico español por excelencia. Asimismo, los *Comentarios* le permitieron incluir un ejemplo de valor para la poca tradición de novela histórica del siglo xvii en España. Lo que demuestro con este capítulo sobre Menéndez Pelayo es que su reclasificación de Garcilaso de historiador a novelista, no fue producto de una lectura descuidada o sin consecuencias para su proyecto principal. El Inca novelista era central para demostrar los logros de la cultura clásica en España y,

al mismo tiempo, una manera de construir lazos textuales y culturales con el mundo americano. Por lo menos con los intelectuales peruanos, esa discusión sobre la obra de Garcilaso permitió a Menéndez Pelayo proyectar entre los jóvenes intelectuales del país andino sus convicciones sobre la cultura a través de la exaltación de un mestizaje hispánico que encarnó de manera ejemplar en la biografía del Inca.

La segunda parte de este libro, constituida por los capítulos cuarto, quinto y sexto, estudia las polémicas y respuestas que la reclasificación anterior generó en la comunidad intelectual peruana. El capítulo cuarto, por ejemplo, tiene un carácter panorámico y analiza la recepción inicial de la obra del Inca Garcilaso en el discurso historiográfico del siglo XIX peruano. Para los primeros historiadores de la República del Perú, los *Comentarios* permitieron trazar un discurso de la antigüedad peruana, vinculando a la civilización incaica con el nuevo país. Tal peruanidad, que se iniciaba con los incas, tenía como objetivo distanciar la memoria reciente de la dominación española. Esta recepción, que fue muy positiva para Garcilaso en los años de la Emancipación, se volverá, sin embargo, negativa a partir de la lectura peruana de la obra de Prescott, la cual se manifiesta de manera temprana en el libro fundador de la arqueología en el Perú, *Antigüedades peruanas* de Mariano de Rivero y Johann Jakob von Tschudi. En general se puede afirmar que la suerte de la recepción de la obra de Garcilaso en el siglo XIX no fue unidireccional. Desde la lectura política de los *Comentarios*, que se expresó en el nacionalismo Inca que culmina con la rebelión de Túpac Amaru II, hasta los cuestionamientos a esta obra desde la nueva disciplina arqueológica al final del siglo XIX, la desacreditación de la autoridad del Inca como historiador solo afectó a su biografía, ya que a lo largo de esa centuria es posible encontrar muy presente la influencia de los *Comentarios* en los discursos históricos sobre el pasado prehispánico del Perú, bajo la forma de la exaltación de la civilización incaica que nutren sus páginas y que será retomada en la época republicana como una verdad histórica. Tanto en el cuestionamiento de la autoridad de Garcilaso como en la circulación de sus ideas sobre la civilización incaica fue fundamental la interpretación de Prescott, lectura incorporada a las discusiones peruanas por Rivero y Tschudi en 1851.

Los estudios de José Toribio Polo, Manuel González de la Rosa y José de la Riva-Agüero, analizados en el quinto capítulo, nos muestran diferentes maneras de afrontar la reclasificación de Menéndez Pelayo del Inca Garcilaso como un nuevo autor literario. Polo, en su ensayo biográfico, analizado en la primera sección de ese capítulo, evita discutir con Menéndez Pelayo, recogiendo solo lo positivo: la opción de una diferente lectura genérica que la reclasificación del español había abierto. Por supuesto, Polo no acepta que Garcilaso no sea historiador, pero recoge de la lectura de Menéndez Pelayo sus valoraciones positivas acerca del estilo de Garcilaso, lo cual lo convertía en un escritor, maestro de la lengua castellana. En otras palabras, Polo no quiso ver en la reclasificación de Menéndez Pelayo una situación excluyente, y usa sólo parte del argumento del español para destacar aún más la figura heroica que presenta de Garcilaso. La manera con la que Polo resuelve el tema de Garcilaso historiador, pero también con valor literario, será reforzada algunos años después en el “Elogio del Inca Garcilaso” de Riva-Agüero, de modo que desde entonces hablar de Garcilaso ha sido hablar de un historiador, pero también de un literato.<sup>11</sup>

A González de la Rosa, en cambio, la salida ecléctica de Polo no le satisfizo demasiado; por ello, la manera en que resuelve el problema del cuestionamiento de la autoridad histórica de Garcilaso fue rehabilitando el texto, pero sacrificando al autor. Audazmente, González de la Rosa entendió que el cuestionamiento a Garcilaso, durante más de dos siglos, era de orden biográfico y en ese sentido podría separarse del contenido de los *Comentarios*. De modo que una argumentación en el terreno de lo biográfico podría rehabilitar lo principal, la autoridad del texto cuestionado. A dife-

---

11 Entre las numerosas ediciones que preparó Ventura García Calderón para divulgar la cultura peruana desde París destaca *Anécdotas escogidas de Garcilaso de la Vega*, texto publicado en 1925 y que reúne fragmentos de *La Florida*. En esas páginas Garcilaso es presentado más como narrador que historiador, ejemplificado en su propia obra. En relación a los cronistas contemporáneos del Inca, García Calderón sostiene en el prólogo de su selección que en ninguno de los cronistas hallamos, como en el Inca, “el entusiasmo sin jactancia, la curiosidad por la anécdota pintoresca y precisa, la amenidad de ‘coronista’. La ‘epopeya en prosa’ que imaginó y defendió Cervantes la lleva a cabo un indio del Perú” (102). Tal selección confirma desde una perspectiva editorial la inclusión de la obra de Garcilaso como autor fundante de la literatura peruana y latinoamericana.

rencia de Polo, quien había valorado al Inca también en el terreno de lo biográfico, pero desde una perspectiva de narrativa nacional al destacar el patriotismo de Garcilaso, la línea argumentativa de González de la Rosa tiene que ver con el valor cognoscitivo que lo biográfico podría aportar al texto estudiado. Desde su perspectiva, la biografía de Garcilaso no confería ningún valor a su texto, de modo que salvar los *Comentarios* equivalía a separar la obra del Inca por completo del elemento que la afectaba de manera problemática, esto es, su propio autor. El argumento de González de la Rosa, astuto si nos atenemos solo a su formulación conceptual, fue que los *Comentarios* tenían otro autor, el jesuita mestizo Blas Valera, un personaje que en su criterio sí cumplía con todos los requisitos necesarios para ser un historiador de confianza.

No obstante, hay un elemento que González de la Rosa no tuvo en consideración: aun si su hipótesis hubiera sido demostrada positivamente, los *Comentarios*, con Valera como autor, estarían en peor situación de autoridad histórica que con Garcilaso. Así se lo deja saber Riva-Agüero en su réplica al viejo historiador, cuando contempla las cualidades biográficas de Valera para la historia, como autor de la *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú* y el *Vocabulario*: “le confesaré a Vd. que antes desmerece que mejora á mis ojos el crédito del mestizo jesuita” (“Garcilaso y el padre Valera” 47). En el caso de la primera obra, porque contenía “fantasía pura” según Riva-Agüero; en el caso de la segunda, porque contenía un poco de verdad, confundida con falsedades y exageraciones (“Garcilaso y el padre Valera” 48). Incluso, en los mismos *Comentarios*, para Riva-Agüero, Valera había “extraviado el criterio de Garcilaso” (“Garcilaso y el padre Valera” 47). El elemento que González de la Rosa no consideró en su formulación fue que la reclasificación de la obra del Inca se inicia ya en la *History* de Prescott como un argumento racista en contra del lado indígena de Garcilaso. Blas Valera, al ser presentado como más indígena que Garcilaso por González de la Rosa tenía menos posibilidades de circulación en los discursos de la naciente república peruana, como sí ocurriría con el cronista cuzqueño, quien era destacado por su aporte a las letras hispanas. Para las condiciones discursivas de la época, el contenido de los *Comentarios* ofrecía una mejor situación de autoridad con un autor mestizo, pero castizo, que con uno más

alineado con lo indígena. Uno de mis análisis del tercer capítulo muestra que la definición de Garcilaso como autor literario se basó en la opción por parte de Menéndez Pelayo de separar la condición étnica del mestizo cuzqueño de manera dual: la indígena, de donde provenía su historia, es decir, el contenido utópico de su texto; y la española, en donde se originaba la forma de su expresión, esto es, su calidad de escritor castizo, que lo convertía, junto a Juan Ruiz de Alarcón, en uno de los dos únicos clásicos españoles nacidos en América. En otras palabras, la posibilidad de ser considerado un clásico de la literatura española no dependía de un mestizaje que enfatizara su condición indígena, sino solo su formación neoclásica, es decir, su condición de español. A través de su análisis de la obra de Garcilaso, Menéndez Pelayo fue el primero —y no Riva-Agüero— en formular la idea de un mestizaje, de orden hispano, como un valor literario y parte de la aspiración universal de la literatura española.

Este mestizaje hispano será retomado por Riva-Agüero, quien lo desarrollará como un discurso de identidad nacional para el Perú, como se analiza en el sexto y último capítulo de este libro. Después de la polémica, que el joven Riva-Agüero librara con González de la Rosa, en las páginas de la *Revista histórica* entre 1906 y 1912, el proyecto intelectual de Riva-Agüero tuvo en la defensa de Garcilaso un elemento central de su propuesta de identidad nacional. En este discurso la época colonial, entendida como una moral y una cultura civilizadora, contrastaba con el primer siglo del Perú republicano, conmocionado por el fracaso de la Guerra del Pacífico y definido en la escritura de Riva-Agüero como caos político y barbarie cultural. La obra y vida de Garcilaso, por lo tanto, le servirá para afirmar los logros culturales de lo colonial, como un espacio que reúne armoniosamente lo hispano y lo indígena, pero con el predominio de los valores europeos, postulando la posibilidad de una reconciliación histórica entre la violencia de la Conquista y la fundación “anticolonial” del Perú.

Después de más de cuatrocientos años de existencia textual y simbólica, la vida y obra del cuzqueño Gómez Suarez de Figueroa, y sus transformaciones nominales que tantas lecturas han permitido, ofrece un campo de investigación privilegiado para estudiar políticas de identidad y discursos nacionales. Volver a organizar

los datos existentes sobre su vida, como lo hicieron al inicio del siglo xx los historiadores peruanos Polo, González de la Rosa y Riva-Agüero, constituye una intervención en la vida cultural y política del intérprete, un modo de direccionar el régimen de enunciación que el archivo instala. Ese archivo no está cerrado, sino en devenir. La escritura de este libro no hubiera sido posible sin esa convicción.